

por el mal con que ellos dañan,  
¡mucho ha de ser el tormento  
de los amantes que engañan!»

«Y si á mi amorosa holganza  
burlasen tus juramentos,  
¡plegue á Dios que á tu esperanza  
labren sepulcro los vientos!»

«Sin tí me halla el claro día,  
y sin tí, porque más pene,  
me encuentra la noche umbría.  
¡Sola!... ¡siempre sola!... — Irene.

Y en el confuso delirio,  
que sus potencias ofusca,  
alzó los ojos al cielo,  
por cuyas sendas cerúleas  
viendo la imagen de Irene  
cruzar silenciosa y pura,  
— «¡ Irene, ángel ó demonio,  
que así mis contentos turbas,  
perdón!!» — exclama, y el rostro  
entre las manos sepulta;  
mientras que Elvira, á otro lado  
el gesto tornando mustia,  
horribles imprecaciones  
en son de rezo murmura,



## EL ALMA EN PENA

### SEGUNDA PARTE

#### DEMONIO-ANGEL

##### I

#### EL MEJOR CASTIGO EL TIEMPO

De cuantas dichas traidoras  
forjar á nuestra alma plugo,  
el tiempo el mejor verdugo,  
y el mejor dogal las horas.

Vienen y vanse los años,  
y con mentidas holganzas,  
siempre en cambio de esperanzas  
se compran los desengaños.

Tal don Luis á cada instante,  
en mengua de su reposo,  
fiel recuerda siendo esposo  
dichas que gozó de amante.

Y del tiempo que va y viene,  
ardiendo en la oculta pira,  
llora en los brazos de Elvira  
tristes recuerdos de Irene.

Así de añejos amores  
vivimos enamorados,  
y así los gustos pasados  
curan presentes dolores.

Que en el insondable arcano  
de los mundanales seres,  
es de amores y placeres  
el mayor el más lejano.

Aunque sueña en su extravío  
con el amor de una muerta,  
de una hija la dicha cierta  
de don Luis templa el hastío.

Pues le da á un padre un destello  
Dios de su luz soberana,  
al darle una hija, como Ana,  
de alma hermosa y rostro bello.

Y el menor de los dolores  
debe ser su última queja,  
si al morir el hombre deja  
quien vierta en su tumba flores.

Que aunque un recuerdo en la vida  
sea una dicha ilusoria,  
tanto vale una memoria  
entre quien todo lo olvida.

Si á Irene en su desacuerdo  
prodigó en vida desdenes,  
es el mayor de sus bienes,  
difunta ya, su recuerdo.

Pues siempre nuestra esperanza,  
en su error indefnible,  
se prenda de lo imposible,  
y lo imposible no alcanza.

Viendo su imagen risueña,  
pese á la imagen de Elvira,  
con ella al velar delira,  
y al dormir con ella sueña.

Y si en vida su alma loca  
la desdeñó cruelmente,  
hoy la traen á su mente  
cuanto oye, imagina y toca.

Que los males ó alegrías  
que en el corazón se asientan,  
los traen, cambian ó ahuyentan,  
yendo y viniendo los días.

Y en vano al hado enemigo  
llamar el hombre procura,  
que es de la humana locura  
el tiempo el mejor castigo.

## II

## TIRÓ EL DIABLO DE LA MANTA

— «Dadme ese papel inundo,  
vil portador de mi ultraje,  
antes que en rencor profundo  
os dé para el otro mundo  
con este acero un mensaje.

»Y aunque con portes humanos  
las manos á la cabeza  
veis que no alzo á los villanos,  
sé ponerles con destreza  
la cabeza entre las manos.» —

Y arrancándole al criado  
furioso el pliego don Luis,  
apeló aquél á la fuga  
al ver su ademán hostil.

Y éste, el papel estrujando,  
entre jurar y gemir:  
— «Faltó á la red una malla,»  
dijo después para sí:  
«bueno será que ya preso  
el pez se escurra sutil,  
y cauto á los pescadores  
enrede en su mismo ardid.»

Y antes de cerrar la puerta  
que da en secreto al jardín,  
la fuga del mensajero  
volvió á mirar de perfil,  
quien aun corriendo seguía  
por el opuesto confín,  
que como el valor presta alas,  
da el miedo pies para huir.

## III

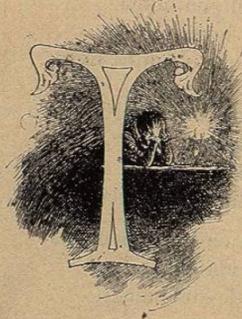
## AMOR CON AMOR SE PAGA

DON LUIS

RÉMULO don Luis el pliego  
desdobra poco después,  
sentado frente á una mesa  
en la que alumbra un quinqué.  
Al ver la letra, su sangre  
se arremolinó en su sien,  
de sus rencores anuncio,  
de una catástrofe pie.

Y golpeándose la frente:  
— «Huyó con efecto el pez,»  
dijo, y derramó una lágrima.  
«Quiera Dios que pare en bien.» —

Y entre las manos las sienas,  
los ojos sobre el papel,  
rumiando frase por frase  
así una tras de otra lee: —



— «Aunque teniéndoos presente,  
don Pedro, os ame rendida,  
dejad que os repita ausente  
que es vuestra siempre mi vida.

»Dejad que os esté el deseo  
eternamente adorando,  
en vos mismo, cuando os veo,  
en vuestra imagen, soñando.

»Bien sé que amándoos sin tino  
mancho el honor de un tercero,  
pero él me enseñó el camino,  
á otra engañando primero.

»Irene á mi esposo amaba,  
cuando yo á vos os quería:  
y cuando yo á él le engañaba,  
él á Irene amor mentía.

»Dóile pues el desengaño  
que labró su torpe lengua;  
como la engañó, le engaño:  
matar á un traidor no es mengua.

»Que os debo querer, no hay duda;  
que antes de mi casamiento  
de ello os hice juramento.  
Ana, vuestra hija, os saluda.» —

«¡No era mía!...» — el triste padre  
con infantil candidez,  
transido prorrumpió entonces,  
y luego otra vez, y cien.  
— «¡No era mía!!» — murmuraba,  
vertiendo por llanto hiel,  
desordenado el cabello,  
como la muerte la tez.

¡Ay del corazón del hombre  
si el amoroso cincel  
en su espesor lentamente  
labrando una imagen fué:  
pues ya el sacrilego amaño  
de alguna torpe doblez,  
ya el tierno vínculo roto  
de una quebrantada fe,  
borran hasta el postrer rasgo  
de su idolatrado bien,

y cuando el traslado arrancan  
sale el corazón con él!

— «¡No era mía!... ¡No era mía!...» —  
gritaba en su afán cruel.  
— «Pues mueran entrambas,» — dijo;  
y airado tornó á leer.  
— «Luis á Irene ha tiempo nombra  
con amante desvarío:  
si todo en el mundo es sombra,  
lo mismo es su amor que el mío.

»Y aunque uno á otro nos odiamos,  
en nuestros locos extremos  
callamos, porque miramos  
que andamos cuanto corremos.

»Yo le miento placentera:  
él mentiroso me halaga:  
si él es falso, yo embustera:  
amor con amor se paga.» —

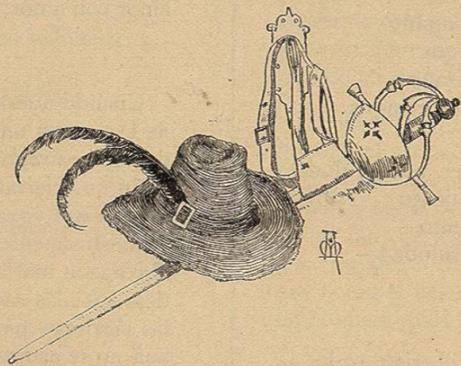
Quando nuestra alma estremece  
de la fortuna un vaivén,  
de cuyo estrago los ojos  
el fin no aciertan á ver,  
ata nuestra voz el pasmo,  
y nuestra mente un cancel:  
el corazón mal herido  
deja sus alas caer;  
las lágrimas que á los ojos  
aun no se asomaron bien,  
vuelven por la misma senda  
al pecho exequias á hacer;  
lágrimas que idolatradas,  
si no la animan tal vez,  
mueren con ella en el fondo  
del alma que las dió el ser.

¡Pobre don Luis que, privado  
de amor y honor á la vez,  
perdió con prendas tan caras  
el sentimiento también,  
y desmayados sus miembros,  
entumecidos sus pies,  
sólo en su extático rostro  
en mezcla mortal se ven  
lo estúpido de la infancia,  
lo débil de la vejez!

¡Y más triste todavía  
cuando en reacción cruel

aglomerada su sangre  
vuelve en las venas á arder,  
sus miembros se vigorizan,  
torna á traspasar su tez,  
y una y mil veces trabado  
en violentos traspies,  
mide furioso la estancia

desde una á la otra pared,  
hasta que un puñal asiendo  
en ansia de no sé qué,  
clamó, cual si desalado  
corriese tras no sé quién:  
— «¡Amor con amor se paga;  
tiene razón mi mujer!» —



## IV

## EL ANGEL DE LA GUARDA

## I

DON LUIS

Execraciones lanzando  
en los extremos de su ira,  
llegó don Luis á la estancia  
de su idolatrada hija;  
y aunque hondamente entrañables,  
tal vez desapercibidas,  
rodaron algunas lágrimas  
por sus candentes mejillas,  
al encaminar sus pasos  
del aposento á una esquina,  
en donde en confuso aspecto  
el lecho de Ana divisa.  
Asiendo con ruda mano  
las misteriosas cortinas,  
ya iba aquel pecho tan virgen  
á desgarrar, parricida,  
cuando las soltó, impelido  
de una repugnante grima,  
con el afán batallando  
de esas sensaciones íntimas,  
que emanándose espontáneas  
de su contextura misma,  
sin prevenciones ni amagos  
el corazón nos lastiman.

¡Horrible será sin duda  
de un padre la suerte indigna,  
cuando por un caso de honra,  
tal vez por una mentira,  
dar ofendido la muerte

pretende á quien dió la vida,  
y un ídolo edificando,  
para aventarle en cenizas,  
mece una mano su cuna,  
y la otra enciende su pira!

Así el amor sofocando  
del honor voces malditas,  
ilusiones en que débil  
la humana flaqueza estriba,  
tuvieron del asesino  
la voluntad indecisa,  
hasta que brotando en su alma  
preocupaciones impías,  
que revelaban del mundo  
sarcásticas invectivas,  
corrido, desesperado,  
por una irónica risa  
que se engendró en su conciencia,  
clamó infeliz: — «Hija mía!!» —  
y descolgando el acero  
sobre las holandas finas,  
tan crudos golpes reparte  
que el corazón petrifican.

Y mientras don Luis la muerte  
aquí y allí disemina,  
sin conocer ofuscado  
que el aire sólo acuchilla,  
Ana en el jardín contempla  
la luz de la luna tibia,  
ante la cual giran sombras,  
partos de su fantasía;

y así encuentra delirando  
gustos en vez de desdichas,  
que no son los que más yerran  
los que en el mundo delíran.

## II

ANA. — EL ALMA EN PENA

¡Bien haya la inocencia,  
precioso don del justo,  
que sin broquel robusto  
su frágil existencia  
guarda la Providencia  
con su poder augusto!  
Deslízase la vida  
en tan sabroso estado,  
en brazos adormida  
del tiempo nunca airado;  
como fugaz paloma  
por un cielo de aroma  
cruza con pompa suma,  
ó cual botado esquife  
sin miedo á un arrecife  
orza en mares de espuma.

¡Feliz mil veces Ana  
que con tranquilo pecho  
deja el amor del lecho  
por respirar temprana  
la brisa que serena  
en noche tan amena  
murmura á su ventana!  
Miden sus ojos bellos  
del campo las alfombras,  
y ven sombras y sombras  
vagar á los destellos  
de la naciente luna  
que baña la alameda,  
y aun cree escuchar alguna  
que la murmura queda:  
— «Baja á los campos, niña,  
halle tu alma inocente  
refugio en la campiña.  
Guay que el volcán ardiente  
los árboles desgaja  
cabe tu hermosa frente!  
Deja el monte eminente:  
baja á los campos, baja.» —

Y dócil á su acento,  
con infantil contento,  
de la tendida vega  
donde el volcán no llega,

movió su pie inconstante  
por el floreal camino;  
que nunca un pecho amante  
de la virtud tocado,  
desoye, rebelado,  
la voz de su destino.

La augusta perspectiva,  
que ve como soñando,  
y el aura que oye esquivada  
tonos de amor formando,  
y aquellas sombras vagas  
que embozan la floresta,  
á cuyo centro oscuro  
parece que á un conjuro  
vienen como de fiesta  
las protectoras magas,  
confusamente un mundo  
forjan de Ana en la mente,  
hermoso sin segundo,  
donde confusamente  
se oyen tiernas canciones  
nunca escuchadas antes,  
y véense perfecciones  
de no vistos amantes;  
y se aspira la esencia  
de unas flores sin nombre,  
que esquivan la presencia  
de la mansión del hombre;  
y miranse las danzas  
de plantas fugitivas,  
risueñas lontananzas,  
citas de amor furtivas;  
porque una noche clara,  
de sombras nunca avara,  
tantos prodigios junta  
en almas hechiceras,  
si en ellas ya despunta  
la edad de las quimeras.

Rayando la mañana  
tocó á su fin la luna,  
y al ver las sombras Ana  
deslizarse una á una,  
y que insensible huía  
la más idolatrada  
creyó que de callada  
pasando, la decía:  
— «Ya viene la mañana;  
vuélvete, niña, al lecho  
do no amaga tu pecho  
la antes hambrienta fiera.

Llora á los tristes, Ana:  
torna al redil, cordera » —  
Y á la luz matutina,  
del sol que empezó á alzarse,  
la imagen peregrina  
vió de Irene alejarse,  
cual iris inseguro  
que ya sin fuerza alguna  
un débil claro-oscuro  
esparce desteñido;  
ó cual rayo de luna,  
que acaso con mancilla  
más enturbia que brilla  
á los del sol tendido.

Y al ver las limpias huellas  
Ana, del claro día  
que intenso destruía  
sus ilusiones bellas.

la lumbré maldiciendo  
del sol que iba creciendo,  
traspuso la distancia  
de su vecina estancia,  
hallando de esta suerte  
el sueño más tranquilo  
allí donde ha tan poco  
que con intento loco  
sentó con mano fuerte  
de su guadaña el filo  
la inexorable muerte.

¡Cuánto fueran distintos  
los más funestos hados,  
si siguiesen lanzados  
los hombres con anhelo  
los mágicos instintos  
que les inspira el cielo!

## V

## LUCHA CON EL DESTINO

DON LUIS. — ELVIRA. — EL ALMA EN PENA.



Ver el lecho vacío,  
en amarga transición,  
tiñó de don Luis el rostro  
más que la rabia el rubor.  
Y de sí mismo afrentado  
de la estancia de Ana huyó,  
cual buscando de la sombra  
asilo en el espesor:  
y á solas con ciego encono  
golpeándose el corazón,

gimió de sí con desprecio,  
y de vergüenza lloró;  
que, más que pese á su orgullo,  
y pese á su propio amor,  
se ven, al verse tan viles,  
tales cual los hombres son.

Lloró infeliz, pero al cabo  
reconcentró su furor,  
y al aposento de Elvira  
su rabia le encaminó;  
porque detener al hombre  
tan sólo pudiera Dios,  
cuando ya empezó el camino

de su eternal perdición.  
Y en vano en tan duro trance  
de un espíritu el amor  
pretende obstruirle el paso  
en fantástica ilusión;  
y en vano sus turbios ojos  
girando ante ellos nubló,  
y desconcertó su mente,  
y ahogó su respiración,  
porque don Luis despeñado,  
sin luz, sin alma y sin voz,  
hasta la estancia de Elvira  
colérico se arrastró;  
pues siempre con el destino  
lucha el hombre con valor,